

I Domingo de Cuaresma, Ciclo A

P. Antonio Balsera

EL DIABLO SE VISTE DE PRADA

Jesús fue tentado por Satanás (Cfr. Mt 4, 11). Él lo permitió para enseñarnos a vencer las tentaciones.

El diablo siempre se mueve con astucia. Nos conoce. Lleva siglos haciendo lo mismo. Ofrece exactamente lo que nos apetece en cada momento. El diablo es capaz de cualquier cosa, y, a veces, incluso se viste de Prada.

Satanás, nos tienta aprovechando nuestras necesidades. Pero también se aprovecha de nuestra vanidad y de nuestras ambiciones.

Los que practican el judo, dicen que hay que saber aprovechar los movimientos del otro para derribarlo. Pues Satanás sabe como aprovechar hasta nuestras cosas buenas –nuestras fuerzas– para derribarnos.

Podemos repetirle ahora al Señor: no nos dejes caer en la tentación.

El diablo es un buen negociante. Conoce las técnicas del marketing. Por eso, las tentaciones dan gato por liebre. Trata de vendernos cosas estropeadas. Lo suyo es la publicidad engañosa.

Hacer lo que nos pide es llevarnos al huerto aunque parezca que no, aunque pensemos que nos va a mejorar la vida. Va quemando etapas hasta que consigue tenernos para él. Hay un cuento antiguo que nos muestra su manera de actuar.

Un hombre rico se arruinó por completo y se quedó sin nada para comer. Eso le llevo a estar triste y preocupado.

Un día que iba solo por el monte se encontró con el demonio. El tentador sabía por qué estaba triste. Le propuso que si le obedecía en todo le sacaría de la pobreza y le haría el hombre más rico del mundo. Entonces hicieron un pacto.

Satanás le dijo que fuera a robar donde quisiera y que él lo protegería. Cuando estuviera en peligro solo tenía que llamarle y decir: «Socorredme, don Martín».

El hombre fue de noche a casa de un mercader, y, al llegar, la puerta se la abrió el propio diablo, que hizo lo mismo con la caja fuerte, y se llevó mucho dinero.

Al día siguiente hizo un robo muy grande, y después otro, hasta que fue tan rico que ya no se acordaba de la miseria que había pasado.

No satisfecho con haber salido de la pobreza, siguió robando hasta que lo cogieron. Pero, cuando le pusieron la mano encima, llamó a don Martín que llegó de prisa y le libró en seguida.

Al ver el hombre que don Martín cumplía su palabra, volvió a robar. En uno de estos robos fue otra vez preso, le llamó pero don Martín no acudió tan de prisa como él hubiera querido.

Los jueces habían empezado ya a hacer sus investigaciones. Cuando llegó el diablo, el hombre le dijo: –¡Ah, don Martín, cuánto miedo he pasado! ¿Por qué no habéis venido antes?

Le contestó que estaba ocupado con un asunto muy urgente y que por eso se había retrasado, pero le sacó de la cárcel.

De nuevo robó y de nuevo le pillaron. Esta vez le condenaron a muerte. Don Martín recurrió al indulto real y de este modo volvió a libertarle.

Siguió robando y otra vez lo cogieron. Llamó a don Martín, pero cuando vino el hombre estaba ya al pie de la horca.

Al verle le dijo: –¡Ay, don Martín, que esto no era broma! No sabéis el miedo que he pasado.

El diablo le dijo que no se preocupara, que traía una bolsa llena de dinero para sobornar al juez y así librarlo de la muerte.

El juez había dado ya la orden de ejecución y estaban buscando una cuerda para ahorcarlo. Mientras la buscaban, se acercó el hombre al juez y le tendió la bolsa que le había dado don Martín.

Pensando el juez que tendría mucho dinero, intentó librarle de la horca. Empezó a decir que Dios no quería que se ahorcase a ese hombre porque no encontraban la cuerda para hacerlo.

Se apartó un poco para ver el contenido de la bolsa y, en lugar de dinero lo que encontró fue una soga para la horca.

Cuando estaba con la cuerda al cuello, volvió a llamar a don Martín para que le salvase como otras veces. Pero don Martín replicó que él siempre ayudaba a sus amigos hasta el momento en el que se los podía llevar.

Termina el cuento con una enseñanza: El que en Dios no pone su confianza, en lo principal sufrirá malandanzas.

En el fondo quiere engañarnos en más importante, que desconfiemos de Dios, porque él odia a Dios.

-Señor, Tú eres mi refugio y fortaleza, que nunca desconfíe de Ti.

Satanás va poco a poco. Volvamos a las tentaciones de Jesús. En la primera tentación, el Señor se sentiría débil después de haber estado muchos días sin comer. Justo en ese momento se acerca el tentador y le dice: di que estas piedras se conviertan en pan.

Conoce nuestros puntos débiles y sabe cuando actuar. El diablo nos tienta en el mejor momento: cuando nos tumbamos en el sofá y encendemos la tele, cuando vamos a divertirnos a un sitio donde hay poca luz, mucha música y poco espacio, cuando hemos pillado el puntillo, cuando estamos enfadados porque nos han regañado por algo o nos ha salido mal un examen.

Jesús rechaza con energía lo que le pide el diablo, aunque también se lo pidiese el cuerpo. Y reacciona así, porque Jesús había venido a hacer la voluntad de su Padre y no a darse gusto.

-Señor ayúdanos a cortar con la tentación. Date prisa en socorrernos.

En la segunda tentación, el diablo le dice que se tire desde lo alto del templo, a la vista de todos, porque Dios no permitirá que caiga al suelo.

Si hacía lo que Satanás le pedía, todo el mundo quedaría admirado y muchos le seguirían con facilidad: ¡qué cosa más inteligente! podríamos pensar.

Eso mismo quiere el diablo: que busquemos quedar bien en todo lo que hacemos. Pero no descaradamente: que busquemos quedar bien nosotros, pensando que también lo hacemos por los demás.

En la última tentación, el demonio ofrece a Jesús la gloria y todos los reinos de la tierra, si se arrodilla y le adora.

Esta tentación es la peor de todas: que no sirvamos a Dios, que le sirvamos a él. Es muy raro encontrarnos con gente que adore al diablo directamente, eso es lo que él querría.

Pero indirectamente le adoramos cuando consigue que hagamos su voluntad, y no lo que Dios nos dice. El Señor es nuestro Padre, y quiere nuestro bien.

Satanás, lo sabe, y como lo odia, quiere que nosotros desconfiemos de Dios, y así seamos felices.

Indudablemente contra Dios nada puede, pero contra nosotros, que somos sus hijos si. Y como ve que el Señor nos quiere tanto, intenta lograr nuestra perdición.

Todo lo que Satanás sabe es engañar. Nunca dice la verdad completa. Envuelve con papel de regalo la soga con la que quiere asfixiarnos.

En definitiva, el demonio siempre promete y da algo de placer, para que piquemos el anzuelo. Pero la felicidad está muy lejos de sus manos. Toda tentación es siempre un miserable engaño. Se ve después. Además crea adicción, porque es una droga que nos hace esclavos.

María nunca actuó con engaño, siempre vivió cara a la Verdad. Y sus vestidos son de luminosos.

Ella nos ayudará a descubrir las mentiras del diablo, que aunque se vista de Prada nos es tan mono, tiene cuernos para herir a los demás.